

**CONFERENCIA DEL MAESTRO**  
**OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV**

**EL PASO AL MÁS ALLÁ**

**7 de enero de 1971**

---

Los humanos, aunque saben que un día morirán, y ésta es una de las pocas certezas que poseen, se comportan como si tuvieran que vivir eternamente en la tierra, y por consiguiente se esfuerzan en establecer el orden político, social, moral e intelectual que les conviene. Y mientras están ocupados luchando ferozmente para imponer su visión de las cosas, no son conscientes de la idea de que pronto deberán partir al otro mundo; o si lo son, de vez en cuando, prefieren trabajar para la posteridad, para que sus hijos y sucesores hereden este orden de cosas irrefutable, que a su vez mantendrán y legarán a las sucesivas generaciones sin cambiar nada. Pues no, semejantes puntos de vista se contradicen con los proyectos de la Inteligencia cósmica.

El ser humano sólo viene cada vez a la tierra por un corto periodo de tiempo, como un viajero, un explorador: debe aprender, trabajar aquí durante algunos años, y después vuelve a marcharse. Por lo tanto, sólo podéis tener una visión exacta y completa de la vida si aprendéis a incluir en ella lo que se llama la muerte. Vuestra vida no sólo se limita a este lapso de tiempo que venís a pasar a la tierra. Vuestra vida es muy larga, infinita, es una sucesión de idas y venidas entre la tierra y el mundo del más allá.

Pero incluso aunque viváis en el plano físico, no vivís únicamente en vuestro cuerpo físico, sino también en vuestros cuerpos psíquicos: los cuerpos astral y mental, y en vuestros cuerpos espirituales: los cuerpos causal, búdico y átomico. Si no los alimentáis, incluso en esta existencia os faltará algo muy valioso; pero, sobre todo, cuando lleguéis al otro mundo, ¡os sentiréis tan endeble y desvalidos! Cuando reducimos nuestra vida terrestre a la del cuerpo físico, ¿qué podremos sentir el día en que nos veamos obligados a abandonarla para ir a otra parte? Estaremos perdidos. Y aquí se nos plantea la cuestión de saber si es mejor enterrar o incinerar a un muerto.

Hace años, una de nuestras hermanas, cuyo marido había muerto en un accidente de vuelo sin motor, vino a verme para pedirme consejo. Recordaba que un día, durante una conversación, él le había dicho que preferiría la incineración al entierro, pero la madre de su marido insistía en que lo enterraran, porque quería poder ir a postrarse ante su tumba. Entonces, ¿a quién debía obedecer? ¿Cómo podía conciliar el deseo de una madre y el de su hijo? También me preguntó lo que pensaba de la incineración.

No soy yo quien deba decir si alguien debe ser enterrado o incinerado; los dos ritos son igualmente buenos, pero sin embargo debemos saber una cosa. Cuando una persona es declarada muerta, todavía existen lazos que unen su alma a su cuerpo físico. Si se la entierra, estos lazos se deshacen lentamente; si se la incinera, la separación es mucho más rápida. Sin embargo, esta separación puede ser sentida como algo violento, como un desgarrar, si esta persona jamás tuvo conciencia de que su verdadera existencia no se limitaba a la de su cuerpo físico. ¿Qué puede sentir el alma de un ser que jamás ha creído en la vida después de la muerte? Necesita mucho tiempo para comprender donde se halla y desprenderse suavemente. En este caso, es preferible el entierro.

Un cuerpo humano es comparable a un texto compuesto en una imprenta. En la imprenta, el impresor, si utiliza todavía caracteres de plomo, las letras están situadas en unos casilleros. De ahí las toma y las reúne formando palabras, frases... y aparecen una novela, un poema. Este texto compuesto de esta manera se reproduce posteriormente en el número de ejemplares deseado. De una manera similar, un cuerpo humano es un libro compuesto de «caracteres», es decir de partículas procedentes de los cuatro elementos, de todos los reinos de la naturaleza. El alma que lo habita hace que este cuerpo sea un libro magnífico, o mediocre, o francamente malo que, a su paso, deja huellas, rastros como tantos ejemplares. Después, un día, las letras de este libro se separan y regresan a los cuatro elementos de donde procedían. Ya no queda nada del cuerpo, pero el alma que habita este cuerpo está viva, y va a escribir otros textos en otras regiones del espacio.

Llamamos muerte a la descomposición de un texto anteriormente compuesto. Hablar de muerte no es más que un convencionalismo, y ¡cuántas veces cada uno de nosotros ha pasado por este tránsito! Pero muchos que se han dejado atrapar en la materia lo han olvidado. Cuando son enterrados, los elementos con los que está constituido su cuerpo

regresan progresivamente hacia sus lugares de origen: la tierra, el agua, el aire y el fuego, y el alma se desprende lentamente. En la incineración los procesos se precipitan y el alma puede realmente sufrir.

Entonces, ¿qué le respondí a esta hermana? «El deseo de su marido que acaba de morir de accidente era ser incinerado y debemos atender los deseos de los desaparecidos; si no lo hacemos, podemos apenarles. Pero también debemos tener en cuenta los deseos de una madre. Si para soportar mejor la desaparición brutal de su hijo, necesita que su cuerpo no se vea reducido a cenizas, ¿por qué no respetar su deseo? Entonces, esto es lo que le propongo. Puesto que en el más allá, los seres continúan estando vivos, podemos dirigirnos a ellos, porque nos escuchan y nos comprenden. Cuando le dije que deseaba ser incinerado, su marido no había previsto esta muerte prematura y el sufrimiento que causaría a su madre, porque los hijos no piensan que puedan morir antes que sus padres. Así pues, hable a su marido: cuando vea la pena de su madre, le conozco, comprenderá que es el deseo de ella el que debe ser cumplido. Yo también le hablaré.» Mi respuesta la tranquilizó.

Ahora bien, evidentemente, no por el hecho de haberse deshecho los lazos con el cuerpo, el alma es admitida de inmediato a contemplar el esplendor divino, y se encuentra en el más allá como en la tierra. Para poder entrar en ciertos lugares a los que el público generalmente no tiene acceso, debéis presentaros ante un funcionario que os extenderá un papel con un sello y varias firmas. Entraréis por una puerta, luego por otra y finalmente por otra. Esperáis. Finalmente, alguien os recibirá, os escuchará y os dirá: «Vamos a ver, vuelva dentro de una semana», porque primero hay que consultar a un ministro o a cualquier otra autoridad. Volveréis al cabo de este tiempo, y si todo va bien, obtendréis un pase que conservaréis como algo muy preciado.

Si en el plano físico existen lugares, territorios donde únicamente podéis entrar presentando un pase, un pasaporte o un visado, todavía es más cierto para el mundo divino. No basta con presentaros ante las puertas del Cielo para que éstas se abran ante vosotros. Unas entidades que están ahí os dirán: «Espere, vamos a ver si podemos dejarle entrar.» ¿Y quién da entonces el beneplácito? Las virtudes. Sí, cada vez que habéis obrado de acuerdo con las virtudes divinas, éstas os marcan con su sello, cada una deja sobre vosotros unas señales, unas huellas, y éste es vuestro pase. Provistos con este pase, os presentáis a las fronteras del mundo divino: una especie de mecanismo se pone en movimiento y entráis. Quizás no seáis admitidos de

entrada ante el Santo de los Santos, pero entráis.

Os preguntaráis si estas huellas de las que os hablo son reales. Sí lo son, y aparecen en el aura en forma de colores. Cada color corresponde a una virtud: el violeta al sacrificio, el índigo a la fuerza, el azul a la verdad, el verde a la esperanza, el amarillo a la sabiduría, el naranja a la santidad, el rojo al amor. Estos siete colores representan a los siete Espíritus que se alzan ante el trono de Dios, y san Juan los menciona en el Apocalipsis. La Cábala los denomina Espíritus de las siete Luces.

Un día, como estos siete Espíritus, os alzaréis con los colores puros de vuestra aura ante el trono de Dios. Pero mientras tanto... En efecto, mientras tanto, os equivocáis si creéis que una vez lleguéis al más allá, no tendréis nada que hacer. Primero seréis enviados a la escuela donde unos instructores os harán revisar vuestra vida en detalle para que toméis conciencia de los errores que habéis cometido. No será necesario que busquéis libretas y lápices para tomar notas: estos instructores grabarán sus lecciones en vosotros. Luego, después de algún tiempo, os volverán a enviar a la tierra con la orden de que mejoréis vuestra conducta.

¿Qué haréis cuando os reencarnéis? Esto es otro tema, porque a pesar de las buenas lecciones y los propósitos tomados allí arriba, una vez regreséis a la tierra, es posible que las olvidéis y repitáis los mismos errores. Hasta el día en que logréis grabar profundamente en vuestra alma el recuerdo de vuestras experiencias pasadas y el deseo de tomar una mejor orientación.

Cuando la decisión de seguir un camino determinado se graba en lo más profundo de vuestro ser, se vuelve como un instinto que os impide desviaros y os indica cómo evitar o superar los obstáculos. Si olvidáis vuestros buenos propósitos, es porque todavía no los habéis grabado suficientemente en vuestro subconsciente, hasta el corazón mismo de vuestras células. El papel de un Maestro espiritual consiste precisamente en despertar en el alma de sus discípulos el recuerdo de las experiencias del pasado y de las decisiones tomadas. De lo contrario, cuando deban de nuevo cruzar las fronteras del más allá, comprobarán una vez más la mediocridad y el escaso valor de la existencia que acaban de dejar y serán condenados a errar por las regiones áridas y oscuras del otro mundo.

Jesús decía: *«Amasad tesoros en el cielo donde ni los gusanos ni la herrumbre puedan destruirlos y donde los ladrones no puedan penetrar ni robarlos.»* Esta recomendación es la síntesis de toda una ciencia de la vida.

Los humanos que pasan el tiempo en busca de satisfacciones físicas y materiales no supieron amasar tesoros en su alma y en su espíritu. Cuando se van al otro mundo, los lazos que les unen a la tierra son tan fuertes que merodean por los lugares donde vivieron y ahí, a menudo, ¿qué ven? A sus herederos como dilapidan sus bienes, a miembros de su familia o amigos que les traicionan. Intentan hablar con sus hijos que se están extraviando, pero nadie los ve ni los oye... Se dirigen a los lugares donde solían comer, beber y divertirse, y ¡qué sufrimiento para ellos no poder participar más en los festines ni saciar sus deseos sensuales, porque ya no tienen un cuerpo físico!

Estos sufrimientos de las almas que, al abandonar la tierra, han tenido que abandonar todo lo que les hacía la vida interesante, ¡cuántos artistas los han representado en cuadros o descrito en poemas! Ya los conocéis... Pero evidentemente, todos estos diablos armados con horcas, estos braseros, estas marmitas y estos suplicios, a cual más horroroso, sólo son imágenes. Es en el alma donde se es cocido y donde se es torturado. Es en el alma donde se vive el infierno. Y en realidad, el infierno ya lo conocen los humanos en la tierra, cuando la codicia, la ambición, el odio y la sensualidad los precipitan hacia las regiones inferiores del plano astral; y es este infierno lo que se llevan al otro mundo, porque está en ellos.

Respecto a aquellos que, durante su existencia, han sabido situar en primer lugar la vida del alma y del espíritu, ¿a dónde van cuando abandonan su cuerpo físico? Puesto que han creado lazos con el mundo divino, es hacia allí a donde son atraídos.

Vuelven a encontrar los tesoros que han amasado en ellos, y vuelven a encontrar a seres que, como ellos, han aprendido a alimentarse de la luz y del amor de Dios. Después de una temporada paradisiaca que puede durar más o menos tiempo, si todavía no han liquidado por completo su karma en su vida anterior, o si ellos mismos eligen reencarnarse, vuelven a bajar a la tierra. Sus amigos celestiales los acompañan, ofreciéndoles flores, cantando y tocando instrumentos; también les prometen que cuidarán de ellos y les ayudarán en las pruebas que deberán superar. Porque, incluso para un Iniciado, el descenso a la materia es como el descenso a un abismo; y es desde lo más profundo de esta oscuridad, en medio de los peligros, que debe reiniciar su ascenso hacia la libertad y la luz.

Cuando era director de un colegio en Bulgaria, un día que estaba dando una conferencia en público, un hombre se me acercó y me contó lo

siguiente: «Durante la guerra, fui gravemente herido. Tuvieron que operarme y, durante la operación, permanecí en todo momento consciente. Durante un instante, sentí que salía de mi cuerpo. Me elevé por encima de la mesa de operaciones, y asistí al trabajo del cirujano y vi su preocupación, así como la de sus ayudantes. Pero una fuerza irresistible me arrastraba: era ligero, estaba completamente desprendido de mi cuerpo y de su sufrimiento. De repente, me di cuenta de que no estaba solo, un gran número de otros seres estaba conmigo y avanzábamos juntos por el espacio hacia un lugar maravilloso. Pero entonces oí una voz que me decía: «¿Qué haces aquí? Tu vida en la tierra todavía no ha terminado, debes regresar.» Y me volví a encontrar en la sala de operaciones donde se disponían a llevar mi cadáver, porque creían que había muerto. Volví a entrar en mi cuerpo, que volvió a tomar vida ante la enorme sorpresa de todos.»

Ya lo veis, éste es un acontecimiento auténtico, y muchas otras personas han pasado por una experiencia similar. Así pues, dejemos a los materialistas con su incredulidad. Tan obsesionados están por la vida del plano físico, que han olvidado que varias veces han ya franqueado este pasaje llamado «muerte» y ¡que continúan viviendo! Si amaran la vida tanto como dicen, sentirían que su muerte no será más que la continuación de su vida, esta vida que no se halla en el cuerpo físico, sino en el alma y en el espíritu. En realidad, la muerte sirve a la vida.

\* \* \*

